

RUTH M. LERGA

Matrimonio por la fuerza



Lady Angela Knightley oculta un error de juventud, un incidente que podría hundirla socialmente. Por encubrir el escándalo y evitar arrastrar a su hermana al ostracismo con ella, será capaz de cualquier cosa. Así que cuando el hombre con el que fue sorprendida en plena huida a Escocia, el marqués que podría descubrirla, le pide ayuda en un caso de espionaje, acepta deseosa de dejar atrás el pasado, pero también en busca de aventuras. El matrimonio no atrae en absoluto a Angie a pesar de que debe casarse cuanto antes, y una misión para la Corona le parece la excusa perfecta para dilatar la búsqueda de un esposo, pues todos los nobles de Londres le parecen aburridos.

Lo que no espera es que el irlandés al que traicionó, el hombre con el que está cooperando, sea divertido, valiente, guapo... y que despierte en ella emociones que no desearía sentir por nadie.

Ryan, marqués de Belmore, lleva diez años intentando atrapar al hombre que destruyó a su padre, un escurridizo traficante de poca monta. Cuando el malhechor es visto en los salones de la capital pide ayuda a la beldad de la temporada para atraparlo, a pesar de que años atrás dicha dama le tendiera una trampa de la que salió muy mal parado. Pero Angela se ha convertido en una mujer muy deseable y mantener las distancias es un esfuerzo cada vez mayor, pues la atracción entre ambos es explosiva.

Además, los hermanos de ella jamás permitirían que la cortejara. ¿O sí?...

Índice de contenido

Cubierta

Matrimonio por la fuerza

Dedicatoria

Primera parte

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Segunda parte

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Tercera parte

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22

Cuarta parte

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora

Notas

*Para los primos Lerga,
Blanca y Natxo, Amadeo y María, Esther y
Juan, Rubén y Almudena, Clara y Fernando,
Belén y Sito, Elena y Blasco, Ra y Núria, Marco
y Bea, y Darío y Mikael.*

Dicen que la familia te toca...

Yo os elegiría siempre

Primera parte

*... No, no reniegues de aquello,
Al amor no perjures.
Todo estuvo pagado, sí, todo bien pagado,
Pero valió la pena.
La pena de trabajo de amor
Que a pesar ibas hoy perdido...*

Luis Cernuda

Prólogo

Donwell Abbey, a un mes de la Pascua de 1817

La discusión se prolongaba ya casi una hora y no parecía que hubieran avanzado en absoluto. Cada Knightley tenía una propuesta diferente para la temporada de aquel año, quizá la más importante para la familia, y con la fuerza de carácter que los definía era difícil llegar a un acuerdo.

En la biblioteca, en dos sillones gemelos destinados casi siempre para sus esposos, estaban sentadas las dos duquesas: Helena y Jimena. Dado el avanzado estado de sus embarazos, era donde se encontraban más cómodas.

En pie, molestos con toda la situación y con una copa de *brandy* servida que no se beberían, se encontraban los dos hermanos Knightley: Marcus, duque de Neville y cabeza de familia, y Rafe, duque de Tremayne.

Y en un sofá similar, a un lado de sus cuñadas, estaban Angela y Beatrice, las hermanas Knightley, las pequeñas, las protagonistas de la discusión aunque poco les dejaran opinar al respecto.

—Solo digo que no quiero perderme el nacimiento de mi primer hijo, ni sus primeros meses de vida. No creo que sea egoísta... —intentaba explicarse Rafe.

Jimena, su esposa, daría a luz en un par de meses a su vástago.

—¡Tu hermana necesita una guía en su primera temporada! Y se diría que Angie es casi una debutante también

—le replicó su mujer—. Ni Helena ni yo podemos estar allí...

Fijó la vista en el techo antes de mirarla a ella.

—¿No quieres que esté contigo, acaso?

—Desde luego que lo deseo, pero a veces no es cuestión de lo que queremos, sino de lo que debemos hacer.

—Sigo pensando —los interrumpió Helena, cuyo parto se esperaba en un menos de un mes— que si nos vamos todos a la ciudad enseguida, estaremos allí para cuando llegue el momento... los momentos. Podemos supervisar la temporada de Angie y Beatrice, ellos —miró a los duques— estarían con nosotras y...

—¡Y un cuerno! —la atajó Marcus, su marido—. Te quedas aquí y no hay más que hablar.

—Eso también va por ti, Jimena —se apuntó Rafe a la regañina—. Los niños nacerán en el campo.

—Serán niñas —lo corrigió su hermano mayor—. Serán dos niñas sanas y preciosas como sus madres. Una pelirroja y la otra morena.

—Como si me importara, mientras nazcan en Donwell y no en Londres.

Beatrice, que todavía no había dicho nada —era tímida y detestaba las confrontaciones—, se atrevió a participar.

—Yo nací un dieciséis de junio. En realidad, podría debutar el próximo año en lugar de hacerlo este y a nadie le extrañaría.

—No. —El duque de Tremayne, el menor de ambos, había abandonado la diplomacia cuando su esposa, media hora antes, había amenazado con mudarse a España hasta que su bebé naciera con el único propósito de enfadarle más.

—O comenzar la temporada en mi cumpleaños —continuó la joven, tratando de ayudar—, de aquí a tres meses, cuando...

—Beatrice, debutarás cuando sea preceptivo —la detuvo Marcus, en tono firme pero más amable.

La muchacha, a pesar de todo, insistió.

—El año pasado Angie dejó la temporada a medias, no sería descabellado...

—El año pasado fuimos demasiado indulgentes con tu hermana, me temo, si creéis que este año podéis hacer lo que queráis.

—¡Neville! —lo regañó Helena, su mujer—, solo intenta ayudar. No es ella quien se está poniendo difícil.

—Es cierto, sois vosotras quienes...

—De acuerdo. —Se puso en pie la duquesa de Tremayne, cansada de tanta discusión inútil—. ¿Qué proponéis?

Su marido, que la conocía bien, se puso alerta.

—¿Qué quieres decir, querida?

—Que qué es lo que proponéis, *querido*. —Tenía la cara del gato que se había comido al canario. Rafe comenzó a preocuparse—. Helena y yo nos quedamos en Sussex y vosotros, amantes esposos como pocos, os quedáis con nosotras para ver nacer a nuestras hijas, y digo «hijas» porque tu hermano ha decidido en su ducal arrogancia que quiere que sean niñas. ¿Es así?

—Así es —refrendó Marcus, satisfecho, recibiendo una mirada de advertencia de Tremayne a cambio de su bravuconada.

—Y Angie y Beatrice se van a Londres... ¿con quién?

Helena comenzó a sonreír. Conocía a su cuñada y sabía que ganarían la batalla y la guerra entera. No en vano su padre era el mejor general en la historia del Reino Unido.

—Con quien nuestros sabios maridos decidan, Jimena —la apoyó.

—Oh. —Marcus movió la mano como si el asunto de la acompañante fuera solo una pequeña molestia—. Sin duda habrá alguien que pueda hacerse cargo de mis hermanas y de la situación.

Su esposa lo corrigió, al punto.

—Las tías de tu abuela ya fallecieron, así que habría que contratar a una carabina. O a dos, dado que son dos las jó-

venes cuya reputación hay que salvaguardar.

—¡Pues lo haremos! —espetó, con fastidio—. Y no se hable más. ¿Estás de acuerdo conmigo, Rafe?

Su hermano asintió por pura solidaridad masculina, pero sabía que su esposa guardaba una jugada ganadora. En efecto, no se equivocaba. La española hizo jaque mate al decirles:

—Un último detalle: ¿quién les explicará a esas desconocidas que las hermanas Knightley, nietas e hijas de duque y hermanas de dos duques, sin duda las joyas esta temporada, no podrán ser cortejadas ni acercarse siquiera al mejor partido de Gran Bretaña, y por qué?

El marqués de Belmore sería, sin duda, el caballero al que todas las madres querrían para sus hijas. Por lo que había trascendido, sus finanzas no eran las mejores y se decía que estaba necesitado de una heredera, sin embargo, era marqués, joven, apuesto y tenía mucho encanto. Angela y Beatrice eran hermosas —sobre todo la segunda—, tenían una dote cuyo importe nadie conocía con exactitud pero que se sabía elevadísimo y toda la sociedad esperaba que las cortejara tanto como que una de ambas lo eligiera por esposo.

Lo que nadie conocía era que un secreto con cuatro años de antigüedad hacía que las familias no se tratasen. Ni se soportasen. O, más bien, los caballeros fueran los que no pudieran ni verse.

—Si ese desgraciado se acerca a ellas... —amenazó Neville.

—No podrás hacer nada porque no estarás allí —replicó con diversión su duquesa—. No lo sabrás siquiera.

El duque de Tremayne dejó con un golpe seco su vaso de *brandy*, lleno, sobre la mesa, y miró a las dos jóvenes. Estas estaban lívidas.

—De acuerdo, ninguna de las dos iréis a Londres, fin de la discusión —terció el segundo de los hermanos.

—¿Cómo osas negarles la temporada social, Rafe? —lo increpó Jimena, alarmada.

Su esposa lo conocía bien y se temía que estuviera hablando en serio.

—A mí no me importa esperar otro año —confesó en voz baja Beatrice.

—¡No esperarás doce meses solo porque tus hermanos se comporten como asnos! —gritó Helena, fuera de sí—. Marcus irá con vosotras y yo me quedaré en Donwell, con los Tremayne.

—¡Al diablo la temporada! —negó el aludido, para mirarla con fastidio—. Y te gustan los asnos, lo sé.

—Nos iremos todos a Londres, entonces —dijo la otra—. Tendré un hijo londinense. ¿Has oído, cuñado? Será un niño solo por llevarte la contraria.

—Mi *hija* nacerá en la heredad, Jimena. —Se acercó y la ayudó a sentarse de nuevo, preocupado por sus dolores de espalda. La ternura del gesto contrastaba con la dureza de su voz—. Tú puedes irte donde quieras, pero tu panza con *mi hija* dentro se queda aquí.

—Estoy convencida de que podemos esperar otra temporada más —insistió Beatrice, al borde del llanto.

—Todo esto es culpa de ese desgraciado irlandés —gruñó Rafe.

—Deja en paz a Ryan o me pondré de parto ya mismo.

—¡Siempre lo defiendes!

—Me salvó la vida...

Angela era la única de todos los Knightley que todavía no había dicho nada. Detestaba el asunto de ir a Londres a buscar esposo, la mera idea de que se supiese lo que ocurrió cuatro años antes y el escándalo salpicara a su hermana la atenazaba. Saber a sus dos cuñadas en estado de buena esperanza había sido para ella un alivio, convencida de que sus hermanos decidirían quedarse en la finca, hasta que las duquesas se habían negado a ello, aquella discusión había

estallado y virado hacia la noche de su caída en desgracia y el hombre que la acompañó en su derrumbe social.

Beatrice, su hermosa e inocente hermana, no iba a poder debutar por lo que ocurrió. Lord Ryan Kavanagh seguiría siendo considerado un paria a ojos de su familia por aquella noche pasada. Y a ella no la culpaban, sino que la compadecían y la protegían sin merecerlo.

Estaba cansada de una situación que debería haber solucionado hacía ya algún tiempo. Había superado la culpabilidad entendiendo que cometió un error de dimensiones enormes que la perseguiría siempre, pero, al fin y al cabo, un fallo consecuencia de su inmadurez que no había tenido repercusiones sobre ella en lo que a los suyos se refería. En cambio, a él...

—... que te salvara la vida no lo convierte en un santo, intentó romper el matrimonio de mi hermano.

Y eso era también efecto de lo que ocurrió aquella noche, se recordó la muchacha. Todos parecían, de algún modo, haber sufrido en primera persona por su estupidez; cada Knightley menos ella y Beatrice, cuya reputación pendía del mismo hilo que la suya propia, lo que implicaba que la había expuesto.

¿Cansada de todo aquello? No, no era cierto: la realidad era que estaba exhausta.

—La *vendetta* ha terminado, ¿por qué no lo dejamos todo atrás, fuera lo que fuese? —pidió Jimena.

—No sabes de lo que hablas —le espetó su esposo.

—No —confirmó ella—, no lo sé porque nadie me explica qué ocurrió aquella noche.

—No es...

—¡Basta! —explotó al fin Angela, poniéndose en pie—. Es suficiente, por favor. Ninguno de los presentes sabéis qué ocurrió hace cuatro años. Ni siquiera Belmore lo sabe, en realidad...

—¡Angie, no! —quiso detenerla Beatrice.

—... pero lo cierto es que él no tuvo nada que ver con que yo estuviera allí.

La biblioteca quedó en silencio durante más de un minuto.

—¿De qué demonios estás hablando, Angie? —preguntó, al fin, Marcus.

A pesar de que temblaba de forma visible, la voz salió de su garganta con firmeza: había llegado la hora de afrontarlo.

—Ya os lo he dicho: fue todo culpa mía y él ni siquiera sabía que yo estaba allí, me escondí sin que me viera.

Hubo apenas un segundo de silencio antes de que llegara la réplica. Nadie quería asumir lo que acababa de confesar.

—Si hubiera sido así, nos lo habría contado —intentó razonar el mayor con ella, no queriendo creer lo que le decía.

—O se hubiera defendido, al menos.

—Si lo hubiera hecho, si hubiera dicho la verdad, me habría descubierto y yo habría resultado ser a vuestros ojos solo una... una...

Una buscona, acabó su conciencia por ella.

—¡Joder! —gritó Rafe.

La licorera describió un arco perfecto y fue a estrellarse contra la pared de enfrente. Como ocurriera un año atrás, aquella noche servirían *whisky*.

Y lo beberían.

* * *

Cuatro años antes...

El carruaje de lord Ryan Kavanagh casi volaba por la carretera en dirección al norte. Una carta de su padrino, Wellington, lo citaba en Edimburgo. Esperaba que tuviera que ver con los contrabandistas que llevaba años buscando.

Uno de ellos era un viejo conocido al que deseaba poner las manos encima —alrededor del cuello, a ser posible—, para fijarlo con una soga.

Había tenido que dejar Sussex con precipitación, aunque estaba seguro de que el general se sentiría satisfecho con lo que tenía que decirle. Tres años antes la hija no reconocida de Wellington, Jimena de Alba, se había casado con lord Raphael Knightley como consecuencia de una misión de espionaje en Madrid que salió mal. Ryan llevaba años vigilando para la Corona; en este caso, no obstante, el informe sobre la familia política de la joven española había sido un favor personal.

Lord Arthur Wellesley quería saber con qué clase de caballero había casado a la joven José Bonaparte. Si era una familia decente el duque mantendría el matrimonio; en caso contrario, se encargaría de que fuera anulado.

Después de diez días con ellos —había acudido a la finca solariega de la familia de lord Raphael con un pretexto banal— se alegraba por su íntima amiga. Como él, Jimena había estado siempre sola y, a partir de entonces, formaría parte de una familia grande y bien avenida, de gente que se quería y se respetaba; personas responsables que cuidarían de ella. Bueno, lo harían cuando el general decidiera meter su enorme nariz en el asunto.

Él mismo se había sentido bien entre los Knightley y rara vez estaba cómodo en casa ajena más de dos o tres días. Marcus, el mayor de los hermanos y duque de Neville, se había ofrecido a hacerle de cicerone en la capital cuando se instalara de manera definitiva en Londres, incluso. E iba a aceptar la oferta en el momento en que se asentara de nuevo entre *la ton* y buscara esposa, ya lo había decidido. Antes o después sabía que tendría que dejar la vida de riesgos y diversión que llevaba, hacerse cargo de manera seria del marquesado y asentarse. Necesitaría, pues, adentrarse en la aristocracia inglesa y por primera vez la idea no